

«ROBINSON CRUSOE», por *Daniel Defoe*.

Es esta novela de aventura que ha permanecido siempre llena de interés, y con valores técnicos desde el punto de vista de la novela de aventura. Es difícil encontrar otra que tenga las cualidades de ella, a pesar de haber surgido después miles de imitaciones. Es esta la aventura más notable, y por suerte nuestra, ocurrida en los mares de Chile. La Isla de Juan Fernández es donde se sitúa al personaje lleno de vida extraordinaria. Robinson Crusoe, es la obra que ha cautivado la imaginación de los niños y de los grandes. Es esta obra una moderna epopeya al hombre de voluntad y de fe, al hombre que abandonado en medio de una naturaleza salvaje se impone a ella por la inteligencia y por la fuerza. Es la obra que no dejará de ser leída nunca por los niños, y por los grandes que deseen pasar horas de deleite, sin dar esfuerzo, porque Robinson Crusoe se lee con gran satisfacción.

«Robinson Crusoe», «Quo Vadis»?, «La Araucana», pertenecen a la colección Biblioteca Para Todos de la Editorial «Zig-Zag», que está entregando al público obras bastante bien presentadas. Esta colección está dirigida por el prestigioso escritor Alfonso Escudero. Su labor como puede verse es digna de elogio. También ha publicado los Cuentos de Hofmann, Maya, la abeja y sus aventuras, por W. Bonsels, Don «Quijote de la Mancha», por Miguel de Cervantes y Saavedra, y «Tartarín de Tarascón», por Alfonso Daudet.—ESTEBAN SARDÓN.

■
ANDENES, crónicas de *Julio Iglesias*

<https://doi.org/10.29393/At203-16ANAS10016>

En el ardor de un Antofagasta que, en la agonía de su oro, echaba al viento la riqueza de su alma, a través de la garganta soñadora de sus hijos, nació Julio Iglesias a la literatura. Ya Gustavo Alvial con Mario Bonat habían encendido una estrella combativa en el rigor del caliche. Salvador Reyes no era ca-

pitán perdido en la marea dura de aquella costa... Monseñor Luis Silva Lezaeta dialogaba aún con Mauret Caamaño. Y Antonio Pinto Durán con los hermanos Erazo Armas, veían ascender la espuma varonil de los poemas de Eduardo Ventura y Orlando Cáceres, de Rodó Vidal y Fredes Allendes, de Norberto Hewitt y Juan Abud. Yo mismo dejaba la mirada alemana de mis profesores y desde un avión llovía una revista literaria sobre la paz celeste del puerto. Julio Iglesias apuntó, entonces, un nombre de ave y lejanía y llenó nuestras tardes con sus poemas melodiosos:

«Nadie en el viejo malecón... La bruma
todo lo envuelve. Obscuridad y cielo.
Un pontón que se aduerme. Una garuma
que hacia otra latitud emprende el vuelo...

En seguida, vino el júbilo de las primeras campanas, una corbata azul, la bohemia con la luna auestas. Después, la vida, que no es poco para un escritor: la llama que nos devora, la mujer con sus abismos, el sueño mordido por el hastío, el hambre, los niños... Nada supe de este poeta hasta el día en que, a doce años de no vernos, me entregó su segunda obra: «Andenes», crónicas que atajan el corazón de Iglesias y lo dejan en la ola de fuego de este volumen armonioso y sencillo.

«Andenes» quiere ser un homenaje del autor a su propia juventud. Juventud de redacciones tristes y de cafetines donde la música descuelga oscuros planetas para nuestros ojos... Joaquín Edwards Bello buscó para sus crónicas, alguna vez, el reposo de un libro, que es al fin, y en verdad, más que dorado sepulcro, trinchera para el combate contra las malas horas que nos olvidan...

Hugo Silva ha sido maestro del marginal diario. Daniel de la Vega continúa su labor de amable cronista de las cosas pequeñas que sensibilizan las páginas de sangre de nuestra época.

Julio Iglesias no se parece a ninguno. Y si a alguien pudiera nombrársele padre, ese sería de la Vega, su prologuista de ahora. Como el poeta de «Los Horizontes», Iglesias es delicado y emotivo, casi canta sus páginas: «La vendedora de violetas» no es una crónica, es una elegía que la finura abri-llanta.

Breve es el destino de las crónicas: llamean y mueren. Iglesias no ha permitido que a las suyas las devore el gran cementerio de la indiferencia. Ha querido acariciarlas, de nuevo, en este libro. Con él, nosotros las tomamos como florecillas secas y queridas, dueñas de una historia, de una lágrima, de un suspiro que ennobleció la noche...

Crónicas con adjetivo oficial, pero con raíces, éstas de Julio Iglesias nos hacen vivir en enternecido teatro de evocaciones. Ligeras, frágiles, poseen algo que las salva: es la dosis de poesía que su autor, un poeta, no pudo dejar de verter en ellas, cuando la *Underwood* premiosa exigió la cuartilla.—A. S.